

Opinión

El árbol caído

Cuenta una vieja historia que cuando Dios creó al hombre los animales y los árboles ¡Temblaron! La Naturaleza tenía todo en su lugar y el ser humano, quizás sin quererlo, acabó con su belleza en circunstancia que estamos inmersos, somos parte de ella. Hemos convivido por los siglos de los siglos, para bien y para mal. El cambio climático es la expresión. No podemos culpar a otros. Es la mala noticia diaria.

Podemos ser verdes, ambientalistas, colaboradores de las acciones importantes para paliar este estado de cosas, pero el daño es irreversible. Es el calor extremo o el frío y las lluvias intensas, los mares agónicos invadidos de plásticos. Es la furia desatada de los elementos.

Este invierno fue implacable, duro. Dos sistemas frontales de magnitud, en poco tiempo, que arrasaron con lo que tuvieron a su paso en varias regiones. Varios días inundados, mojados, sin electricidad puede ser una experiencia traumatizante.

Quiero escribir sobre los árboles aquellos cercanos, eternos, que nos acompañaron siempre aun cuando a veces los olvidábamos y solo recibíamos sus beneficios, sus frutos. Es cierto que han inspirado la literatura, la música, la poesía y muy bellamente. Son muy necesarios hoy y siempre. La arborización es una obligación de ciudades, pueblos y comunidades. Los bosques cercanos, los parques, las calles los requieren. Ayudan a paliar el ahogo ciudadano. Pero tienen que ser bien cuidados, las especies adecuadas y la mantención de aquellas especies añosas, en la vía pública y en los espacios privados.

Los municipios tienen que tener los catastros correspondientes. Concepción tiene la suerte de contar con prestigiosas escuelas universitarias de Ingeniería Forestal. En el Barrio Universitario se han dado paseos informativos destinados a conocer las especies, reconocerlas, aprenderá darles el mantenimiento necesarios.

El viejo acacio del patio de la casa de mis abuelos se cayó el 31 de ju-

lio último, por la tarde. Lo hizo sobre la casa donde estoy, sin derribarla, soportó bien los magullones. Son las situaciones límites que asustan, enmudecen y, en mi caso, atontan. Pasado el impacto viene la necesidad de pedir auxilio. ¿Qué hacer? con el árbol sobre la casa. Los primeros en acudir son nuestros generosos amigos y vecinos Mercedes y Pedro, ambos arquitectos, observan los daños y sobre todo nos acompañan. Luego los bomberos acuden y despejan el techo de las enormes ramas. La Emergencia Municipal también responde. Vuelven al día siguiente a cortar el viejo y ancho tronco, misión imposible, pueden salir eyectados por el viento aún más fuerte. Hay más daños por la ciudad y gente que requiere ayuda urgente. Eolo no da tregua.

Un talador privado dio cuenta del acacio. La cuenta es grande, pero se agradece el trabajo. Aunque los árboles no mueren, se transforman. Es el árbol constructor, según Gabriela Mistral, el que nos acompaña toda la vida. Su madera construye la cuna; la cancela de la puerta del hogar, la urna que cobijará nuestros despojos. También el arte de

Es el árbol constructor, según Gabriela Mistral, el que nos acompaña toda la vida. Su madera construye la cuna; la cancela de la puerta del hogar, y la urna que cobijará nuestros despojos.

los escultores en madera.

Añoraré el árbol caído. Su sombra y frondosidad eran invaluable. El trinar de los pájaros que lo visitaban lo mismo. Permitían soportar el calor y observar el paso del sol y la luz a través de su altísima copa. Como el protagonista de Días Perfectos en un parque de Tokio. Una vieja costumbre japonesa que, sin saber, yo experimentaba.



MÓNICA SILVA ANDRADE
Periodista